

exalta la fe del Episcopado y los fieles la persecución nacionalsocialista

, Nos la hablamos visto desde lejos"

hizo homenaje al Episcopado y la indomable entereza y fe llevado la dura prueba a que últimos doce años. SIGNO se aje y pide a Dios que el cator el puesto que le corresponde que preste a su país el incatuevamente sobre las piedras

Bonifacio. Le queda aún al perísima lucha, pues sobrado ar no implica la de los prin. Un auténtico cataclismo ha mente la procesión del Santíles—o lo que fueron calles— Eso nos dice hasta qué punto emana el mito de la sangre. rodigios de caridad y de tacto rán de derrochar para la re-

mor en arrancarlo, aunque ontra toda esperanza, de las auces de la muerte. En las paabras que entonces os dirigios se traducía nuestro doloroso presentimiento del estallio de un conflicto, que parecía acerse cada vez más amenazador y cuya extensión y duración nadie hubiera podido preer. El desarrollo sucesivo de os acontecimientos no sólo ha emostrado, incluso con exceo, la verdad de nuestras preisiones más tristes, sino que un las ha superado con muho.

Hoy, después de casi seis fíos, las luchas fratricidas han esado, al menos en una parte e este mundo devastado por guerra. Es una paz, si así uede llamarse, bien frágil toavía y que no podrá persistir i consolidarse sino a fuerza e asiduos cuidados; una paz uya tutela impone a toda la glesia, al pastor y a la grey, raves y delicadísimos deberes, aciente prudencia, fidelidad aimosa y espíritu de sacrificio. Todos están llamados a nsagrarse a ella, cada uno en u oficio y en su propio pues. Nunca se le dedicará ni deasuada premura ni demasiado lo. Por lo que toca a Nos y a uestro ministerio apostólico, ombemos muy bien, venerables rmanos, que podemos conr con seguridad en vuestra oia colaboración, en vuestras esantes plegarias y en vuesal inalterable devoción.

paración de los estragos de toda índole causados por el neo-paganismo.

Pidamos todos que Alemania encuentre nuevamente ese centro que Delp echa de menos; ese centro cuya falta, como el mismo autor señala al criticar la filosofía existencialista —clave de la tragedia alemana—, ha venido desde la Reforma envenenando y haciendo mortales las mejores iniciativas. Pidamos, pues, el sincero retorno del pueblo alemán a la unidad religiosa bajo la fe de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

Y ahora he aquí la alocución de Su Santidad Pío XII, en el día de su onomástico, con que respondió al mensaje de felicitación del Sacro Colegio Cardenalicio. En ella, junto a la reiteración de la condena del pernicioso racismo, se hace justicia a los méritos del Episcopado, el clero y los fieles alemanes y se previene al mundo contra la fragilidad de la presente paz y la amenaza de una nueva tiranía.

I.—La Iglesia y el nacionalsocialismo

EN Europa la guerra ha terminado; pero qué estigmas ha dejado impresos! Dijo el Divino Maestro: "Todos los que injustamente echen mano a la espada, de espada morirán" (Cfr. Mat., 26-52). Y ahora, ¿qué es lo que veis? Veis lo que deja en pos de sí una concepción y una actividad del Estado que no tiene en cuenta para nada los sentimientos más sagrados de la Humanidad, que pisotea los principios inviolables de la fe cristiana. El mundo entero contempla hoy estupefacto la ruina que de ahí se ha seguido. Esta ruina Nos la hablamos visto venir de lejos, y muy pocos, según creemos, han seguido con mayor tensión de espíritu el evolucionar y el precipitarse de la inevitable caída. Más de doce años, entre los mejores de nuestra edad madura, por deber del oficio que se nos había encomendado, habíamos convivido con el pueblo germano. En aquella época, con la libertad que las condiciones políticas y sociales de entonces permitían, nos dedicamos a consolidar la situación de la Iglesia católica en Alemania. Así tuvimos ocasión de conocer las grandes cualidades de aquel pueblo y estuvimos en relaciones personales con sus mejores representantes. Por eso abrigamos la esperanza de que ese pueblo podrá alzarse otra vez a nueva dignidad y nueva vida después de haber alejado de sí el espectro satánico mostrado por el nacionalsocialismo, y una vez que los culpables, como ya hemos tenido ocasión de exponer otras veces, hayan expiado los delitos que han cometido.

Hasta que no se había perdido todavía el último rayo de esperanza de que aquel movimiento pudiese tomar una dirección diversa y menos perniciosa, o por el arrepentimiento de sus miembros más moderados, o por una



Doctor Johannes, Obispo de Fulda

eficaz oposición de la parte discordante del pueblo alemán, la Iglesia hizo cuanto estaba en su poder para oponer un potente dique a la inundación de aquellas doctrinas, no menos deletéreas que violentas. En la primavera de 1933 el Gobierno alemán pidió a la Santa Sede la conclusión de un Concordato con el Reich, idea que tuvo el consejo aun del Episcopado y de la mayor parte, al menos, de los católicos alemanes. De hecho, ni los Concordatos firmados con algunos Estados particulares de Alemania (Länder) ni la Constitución de Weimar, parecían asegurarles ni garantizarles suficientemente el respeto a sus convicciones, a su fe, a sus derechos y a su libertad de acción. En tales condiciones estas garantías no podían obtenerse sino mediante un acuerdo, en la forma solemne de un Concordato con el Gobierno central del Reich. Añádase que habiendo hecho el mismo Gobierno la propuesta, en caso de una negativa hubiera recaído sobre la

(Continúa en séptima pág.)

OPUS DEI O EL SECRETO QUE NO ES SECRETO

Por fray Justo Pérez
DE URBEL

FUE al terminar la guerra de liberación, hacia el año 1946, cuando empezamos a darnos cuenta de que una nueva fuerza religiosa y cultural irrumpía en el campo de la vida española. Se presentaba con un ímpetu potente y juvenil, y a la vez con el misterio de todo ser que llama a las puertas de la existencia, y esto juntamente con ciertos aires de novedad y originalidad, que, al decir de muchos, traía, desperfata recelos, suspicacias, incomodidades y hasta murmuraciones. Cristo, que entonces se presentó su campo, como aquel día... que su corazón se expandió ante sus discípulos gozoso por la iluminación de la Samaritana, bendecida, sin duda, la llegada de los nuevos trabajadores, pero entre los obreros antiguos algunos se alarmaron, y a esta alarma tal vez inocente y desde luego muy explicable, se juntó la hipocrita indignación del eterno sembrador de la cizaña. El celo mal entendido conoce ya su grito en aquellas palabras que decían los apóstoles a Jesús: "Es intolerable, Señor, que esas gentes que no han estado contigo hasta ahora arrojen los demonios en tu nombre." Y es vieja también la frase marullera de Satán: "¿Has visto a tu siervo Job? ¿Quién sabe si es es la virtud auténtica?"

A mis oídos llegaban los ecos de las reticencias y los rumores de los aplausos. Y yo proseguía mi tarea. ¿Hay tanto que hacer? Es la besana tan interminable, y el campo tan inmenso, y la mies tan abundante! Y Cristo quejándose siempre de la escasez de los obreros, y las almas flotando en la incertidumbre porque no hay quien las lleve a la tierra firme de la verdad! ¿Por qué debilitar el esfuerzo con roces y amarguras? Trabajad alegremente. Que vengan brazos, abrid las puertas a todos los hombres de buena voluntad, a los de la primera hora, a los de la hora de tercia y a los que vengan al atardecer. Mientras no se ponga el sol es tiempo de trabajar.

Un día veo a mi lado al recién venido. Pone ardor en su tarea, hay silencio en sus labios y en su mirada brillan el entusiasmo y la sencillez.

—¡Bien venido seas, hermano! —Gracias. No en todas partes se nos recibió con el mismo celo.

—Pues yo estoy admirado del fruto de tu actividad y de la fe y la alegría que pones en tu esfuerzo.

—Pertenezco a la sociedad sacerdotal de la Santa Cruz. Mi lema es "Opus Dei": Obra de Dios. ¿Cómo vamos a entregarnos a la obra de Dios con pasividad, con desdara, con indolencia y con frialdad?

—Se habla de vuestra audacia, de vuestra ambición, de vuestra absorberencia.

—El que trabaja por Cristo y por su Iglesia tiene que ser ambicioso, santamente ambicioso y audaz. Pregúntaselo a San Pablo. Per lo demás, nuestro fin es muy sencillo: santificar el trabajo y buscar de esa manera la perfección cristiana, sin preocupación de ambiciones terrenas, sin exclusivismos y sin egoísmos. Venimos a servir a la Iglesia y a la Patria, y las serviremos humildemente, porque somos los últimos, pero con la adhesión fervorosa del primero.

(Continúa en séptima pág.)

... que quien quiera que amo sinceramente a la Humanidad. La Humanidad, víctima de un desplazado agotamiento, de un cínico desprecio de la vida y de los derechos del hombre, solamente tiene un deseo, aspira a una sola cosa: a vivir tranquila y pacíficamente en la dignidad y en el honesto trabajo, y por eso ansia que se acabe de alguna vez con aquel descaído con que la familia y el hogar doméstico durante los años de guerra, han sido maltratados o profanados; descaído que clama al cielo y se ha convertido en uno de los más graves peligros, no solamente para la religión y para la moral, sino también para la ordenada convivencia humana, culpa que ha creado principalmente, esas multitudes de desconcertados, de desilusionados, de desesperados, que van a engrosar las masas de la revolución y del desorden, agudizados por una tiranía no menos lespótica que aquellas que se han querido abatir.

OTRA TIRANIA, TAMPOCO

Las naciones, principalmente las medianas y pequeñas, reclaman que se les deje regir ellas mismas su propio destino. Se puede inducir a que con plena aquiescencia y en interés del progreso común contraigan inculcos que modifiquen sus derechos soberanos; pero después de haber contribuido, y contribuido generosamente, con sacrificios, a destruir el sistema de la violencia brutal, tienen derecho a no admitir que se les ponga un nuevo sistema político o cultural que la gran mayoría de sus ciudadanos reietamente rechazan. Creen, con razón, que la función principal de los organizadores de la paz es la de acabar con el fuego criminal de la guerra, tutelar los derechos vitales, los deberes recíprocos entre grandes y pequeños, poderosos y débiles. Los pueblos, en el día de su conciencia, tienen

la sensación de que sus gobernantes quedarían desacreditados si al loco delirio de una hegemonía de la fuerza no sucediese la victoria del derecho. La idea de una nueva organización de la paz ha surgido, nadie lo podrá poner en duda, de la más leal y recta voluntad. Toda la Humanidad sigue con ansia el desarrollo de tan noble empeño. ¡Qué amarga sería la desilusión si llegara a fallar, si resultasen vanos tantos años de sufrimientos y de renunciaciones, dejando triunfar nuevamente aquel espíritu de opresión del que el mundo espera, finalmente, verse libre para siempre! ¡Pobre mundo!, al que se podría entonces aplicar la palabra de Jesús: "Tu nueva condición ha venido a ser peor que la antigua, de que con tanta dificultad habías salido" (Cfr. Luc., 11, 24-26).

Las condiciones políticas y sociales nos ponen en los labios es-

tas palabras de admonición. Desgraciadamente hemos tenido que deplorar en más de una región muertes de sacerdotes, deportaciones de civiles, matanzas de ciudadanos sin proceso por venganza privada. Ni son menos tristes las noticias que nos han llegado de Eslovenia y de Croacia. Pero no por eso nos hemos de desanimar. Los discursos que durante estas últimas semanas han pronunciado

personas competentes y responsables dejan entender que tienen puesta la mira en el triunfo del derecho no sólo como fin político, sino también, y más todavía, como deber moral. Por eso, de todo corazón dirigimos a nuestros hijos y a nuestros hijos del universo entero una calurosa invitación a la plegaria: una invitación que llegue a los oídos de cuantos reconocen en Dios el Padre amantísimo de todos los hombres creados a su imagen y semejanza, de cuantos saben que en el pecho de Jesucristo late un corazón divino lleno de misericordia, manantial profundo e inagotable de todo bien y de todo amor, de toda paz y de toda reconciliación.

Como no hace mucho anunció-

bamos, el camino desde la tregua de las armas a la paz verdadera y sincera será difícil y largo, demasado largo para las ansiosas aspiraciones de una Humanidad hambrienta de orden y de calma. Pero es inevitable que sea así, y tal vez hasta mejor. Hay que dejar que se apacigüe primero la tempestad de las pasiones sobreexcitadas.

LA PAZ VERDAD

Es menester que el odio, la desconfianza, los incentivos de un nacionalismo extremista cedan el puesto a la concepción de prudentes consejos, al brotar de planes pacíficos, a la serenidad del cambio de impresiones y a la mutua comprensión fraterna. Díguese el Espíritu Santo, luz de las inteligencias y dulce Señor de los corazones, oír las plegarias de su Iglesia y guiar a su difícil tarea a quienes, conforme a su elevada misión, se esfuerzan sinceramente, a pesar de los obstáculos y de las contradicciones, por llegar al fin tan universal y ardientemente deseado: la paz; la verdadera paz digna de tal nombre; una paz fundada y confirmada sobre la sinceridad y la lealtad, sobre la justicia y la realidad; una paz que entrañe un esfuerzo real y decidido por vencer o precaver las condiciones económicas y sociales, que, como en el pasado, podrían fácilmente también en el futuro llevar a nuevos conflictos armados; una paz que pueda recibir la aprobación de todos los ánimos rectos de cualquier pueblo y de cualquier nación; una paz que las generaciones venideras puedan considerar con gratitud, como el fruto feliz de un tiempo infeliz; una paz que registre en el transcurso de los siglos un cambio de dirección definitivo en la afirmación de la dignidad humana y del orden en la libertad; una paz que sea como la magna carta que ha clausurado la era oscura de la violencia, una paz que bajo la guía misericordiosa de Dios nos haga pasar, a través de la prosperidad temporal, de manera que no perdamos la felicidad eterna.

Pero además de conseguir esta paz es igualmente verdadero que millones de hombres, en el hogar doméstico o en la guerra, en el cautiverio o en el destierro, deben aún gustar la amargura del cálida. ¡Cuánto anhelamos ver el fin de sus sufrimientos y de sus angustias, la realización de sus deseos! También por ellos, por toda la Humanidad, que con ellos y en ellos sufre, se alza al Omnipotente nuestra humilde y ardiente oración. Mientras tanto, nos produce un inmenso consuelo, venerables hermanos, el pensar que vosotros tomáis parte en nuestras solicitudes, en nuestras oraciones y en nuestras esperanzas, y que en todo el mundo, obispos, sacerdote y fieles, unen sus súplicas a las nuestras en la gran voz de la Iglesia Universal.

En testimonio de nuestro profundo agradecimiento, y como prenda de las infinitas misericordias y de los favores divinos, a vosotros, a ellos y a cuantos se unen a Nos en el desear y procurar la paz, damos de lo íntimo del corazón nuestra bendición apostólica.

OPUS DEI...

(Viene de primera página)

—Servir, ésta es también la consigna de San Benito, que, como él dice, no intenta otra cosa que establecer una escuela de servicio divino; y muy benedictina es también esa expresión "Opus Dei", que para el patriarca de los monjes de Occidente significa propiamente el servicio de la alabanza, y que, si no me engaño, aplicáis vosotros a la vida entera.

—Es una observación exacta, pero que requiere una aclaración: nosotros no somos monjes ni religiosos siquiera. Somos sencillamente cristianos que quieren realizar el ideal maravilloso del Evangelio practicando cada uno su actividad profesional: ingeniería, arquitectura, literatura, enseñanza... Muchos se extrañan de que no llevemos hábito, pero en realidad no lo llevamos porque no pertenecemos a ninguna orden religiosa. Pertenecemos al "Opus Dei", y hacemos votos privados como puede hacerlos cualquier cristiano; pero la Obra no

recibe votos, exige virtudes. Si vas a nuestras casas verás que no tienen el menor aire de conventos. Son hogares de aspecto acogedor, sencillos y agradables. En el oratorio tal vez te extrañe la gran cruz desnuda. Sé que algunos se han escandalizado de esta innovación, que en realidad no lo es, pues los primeros cristianos veneraban ya la cruz sin el Crucificado. Nosotros colocamos el crucifijo en el altar, como lo manda la liturgia, y lo llevamos con nosotros bendecido, y al mismo tiempo veneramos en el muro el santo madero despojado de la imagen de Cristo, como un símbolo de nuestra vida espiritual, como una invitación constante a llenarle crucificando la carne y el espíritu.

—Lejos de extrañarme, esto me encanta. Es una expresión bellísima del renunciamiento cristiano. Y además debo decirte que te agradezco esas explicaciones que acabas de darnos acerca de vuestra vida. Has hablado con una claridad que no esperarían seguramente aquellos que os consideran como un organismo tenebroso, que tiene en el secreto su defensa y su eficacia.

—Este falso concepto ha sido uno de los que más nos han hecho sufrir. Vivimos en la discreta reserva de todas las cosas que están en su período de formación, practicando nuestros deberes sociales y ejerciendo nuestros derechos ciudadanos, sin privilegios y sin alardes, pero también sin misterios. Todo el mundo puede ver nuestras actividades externas, y nuestras casas tienen las paredes de cristal. Desconfiando de nosotros mismos hemos seguido siempre las menores insinuaciones de la jerarquía eclesiástica, y no hemos dado un paso sin contar con ella.

—Por lo demás, Roma ha hablado. El Padre de familias os ha abierto los brazos, os ha admitido en la gran casa de los hijos de Dios, os ha señalado puesto en la tarea. Esto es lo que importa. Con ello, las incomprendiciones, vengan de donde vengan, no podrán preocuparnos; los laídos sólo servirán para que caminéis más ligeros, para que esa vuestra obra, recién nacida y ya vigorosa, se extienda más cada día bajo la bendición de Dios y derrame sus frutos por el mundo entero.

la misionarial

va) solo. ¡Qué dieto estado i mula, que er acercar-

misioneros, Pacheco apenas tiene un momento de reposo por atender a todas las solicitudes que le hacen los muchos enfermos que reclaman sus servicios, que siempre ofrece gratuitamente, obsequiándolo al Seminario Menor si alguna vez le corresponden con algún regalo.

¿COMO HA ADQUIRIDO ESTOS CONOCIMIENTOS?...

Es un misterio: Pacheco nunca ha consultado la ciencia de Galeno e Hipócrates, porque Dios no le ha favorecido con el don de las letras. Se cree que acompañó durante cierto tiempo a un famoso indio curandero, y que con él aprendió las virtudes curativas de multitud de plantas. Las malas lenguas dicen que Pacheco cura por medio de los "médicos invisibles" (espiritismo). Mas no es así; es cristiano a carta cabal y valioso auxiliar de los misioneros españoles; y hoy goza en toda la Misión de más popularidad que todos los gamonales y políticos juntos de aquella inmensa región.

ACCIONES OSAS

checo cura tiempo pro los con periódico amento de plicarle d- char mano asombroso mpleta, del ca con los